

THE PRIVATE EYE

Recelar de las sonrisas

RAÚL MINCHINELA

PRIMERA MÁSCARA. [*The Private Eye*](#) es un tebeo que se vende por internet que habla de un mundo sin internet. Un cómic formulado en formato apaisado, adaptado para el consumo en pantalla en la era de los aparatos portátiles, que se publicaba simultáneamente en tres idiomas y que se compraba a cualquier precio, cero euros incluido, cargando en esa participación económica la responsabilidad de la continuación. Una historia en diez entregas escrita por Brian K. Vaughan, dibujada por Marcos Martín y coloreada por Muntsa Vicente, serializada entre 2013 y 2015. La portada del primer número, imagen inaugural de la serie, la protagoniza una amplia sonrisa que es en realidad una capucha que oculta al protagonista. Tras esa, vendrán infinidad de máscaras.



Portada de [The Private Eye](#) #1 (2013).

SEGUNDA MÁSCARA. El tebeo plantea dilemas sobre la identidad, la intimidad, la vigilancia, el rastreo y la confianza, todos factores de la época electrónica actual, donde la vida en la calle y el contacto directo se acompañan con la vida digital que mantenemos mediante los aparatos que nos acompañan en el salón, en la oficina y en el bolsillo. Esa doble vida se acrecienta en los aparatos y se extiende multiplicando el quién, el cómo, el dónde y el cuándo.

El cuándo almacena cada momento y todos los pasados, de manera que nuestro paso por la vida no es una secuencia de momentos sino un historial, que puede ser repasado y desempolvado en cualquier instante; viejas fotos de vacaciones y juicios en caliente convertidos en equipaje obligatorio para el que se intentan legislar «derechos al olvido». El dónde se ramifica por los nodos hasta perder una correlación con el espacio territorial, y practicarse íntegro en la blogosfera, un contexto sin cielo sobre las cabezas que se multiplica en sus estratos. El cómo encuentra un nuevo camino cada vez que aparece una nueva herramienta o una nueva idea para usar las ideas viejas, que es lo que significa la palabra *hacker*: calzar la mesa con un libro es un *hack* porque el volumen se fabricó para un objetivo distinto del que se le ha dado. Y los quiénes se amplían porque un solo internauta puede tener cien perfiles, y tomar en cada uno una voz distinta y practicar actividades no ya diferentes sino enfrentadas. Esos factores se multiplican en cada oleada de nuevas ocurrencias. Más quiénes, más cuándo, más cómo, más dónde.

TERCERA MÁSCARA. Desde ese contexto, que es el nuestro hoy y ahora, Vaughan, Martín y Vicente plantean un mundo futuro de transportes flotantes, arquitecturas imposibles y uniformes nunca vistos donde esos avances hoy lejanos son en realidad secundarios frente a otra cuestión más central. La

ciencia ficción es narración de futuribles basados en las nuevas averiguaciones, pero *The Private Eye* es *carencia-ficción*: un futuro cuyas directrices principales no son el desarrollo consecuente de nuevas ideas intuitivas o materializadas, sino la cancelación de tecnologías que ya tenemos en funcionamiento.

Un mundo sin internet no significa un regreso histórico a un mundo de bosques sin roturar y urbes amuralladas.

La cancelación de la tecnología no implica la cancelación de las ideas. Las ocurrencias, para bien y también para mal, manchan sin permanecer ligadas a un sustento material. Un ejemplo: cuenta Antonio Rico, crítico de televisión en el rotativo *La Nueva España*, que en cierta ocasión le vinieron a visitar a casa los mormones y que tenía ese día ganas de conversación. Allí le contaron que según *El Libro de Mormón*, Jesucristo después de



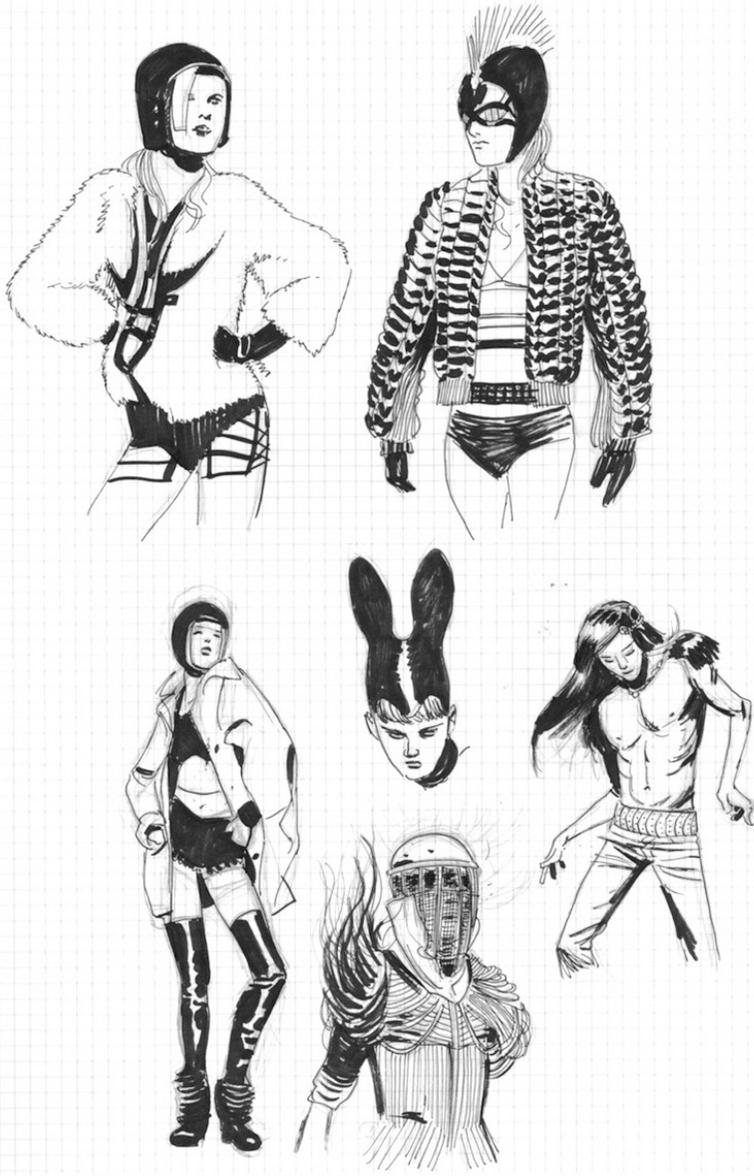
Brian K. Vaughan,
Marcos Martín y Muntsa Vicente,
[The Private Eye](#) #1 (2013).

intercambios de archivos, las fotos de tu móvil, tus compras, tus frases desafortunadas, tus búsquedas, tus suscripciones, los nombres reales tras los comentarios hirientes en los foros... Todo estaba disponible para quien lo quisiera mirar. Una situación de puertas abiertas a la vida propia y a la de los demás que significó una catástrofe no natural que inundaba el mundo de información y destruía vidas a su paso. La situación duró cuarenta días y, con el pueblo digital traicionado en la confianza, significó el fin de internet. Un futuro marcado por dos flechas irreversibles: no puedes regresar al 2075 y no puedes regresar a «no saber».

QUINTA MÁSCARA. El mundo sin internet es un mundo de avatares. El juego donde cada persona tiene mil identidades ya no se ejecuta con las máquinas y ahora se practica en las aceras. En consecuencia, todo el mundo está enmascarado. La gente camina por la calle con caretas, antifaces y embozos que incluyen lo parco de un velo y un sombrero, lo funcional de una escafandra del pasado y la sofisticación de cabezas holográficas que en el lugar que ocuparía tu cabeza proyectan nubes flotantes, felinos rugientes, caras más guapas que la propia

Marcos Martín y Muntsa Vicente, dibujo promocional para [The Private Eye](#) (2013).





Marcos Martín, diseños de personajes y vestuario para [The Private Eye](#) (2012).

o soles en brillo permanente. Una variedad de máscaras tan surtida como la de los avatares de internet, donde las personas hacen metonimia de sí mismas y las madres se representan por su bebé y los viajeros por un paisaje y los novios por el dúo que forman con sus parejas y los empresarios por su logotipo. Cada uno con su versión del perfil bueno, que en ocasiones sublima totalmente a la persona. Las máscaras ocultan pero también ostentan: los cascos holográficos son caros y así esconden al propietario mientras subrayan su poder adquisitivo, como hacen los deportivos caros con lunas tintadas. Martín convierte en un espectáculo la floración de las máscaras y los vestidos, haciéndolos conscientemente excesivos. Falsas identidades en camuflaje que juegan al desapercibido caminan junto a falsas identidades divinas y fabulosas, gemelas a los desfiles de pasarela. Liberado de los lastres de su estatura, su pigmentación, su credo y su estirpe, cada uno se modela según sus convicciones de revista, preferencias estéticas sin necesidad de involucrar la ética.

SEXTA MÁSCARA. Cuando la información es el bien más valioso, la policía abandona su proyección distópica hacia los antidisturbios. No practican la brutalidad del palo ciego,



Patrick Immelmann huye con su «dream coat». En [The Private Eye](#) #1 (2013), por Brian K. Vaughan, Marcos Martín y Muntsa Vicente.

anabolizados en armas y agigantados de protectores. La gestión mediante prohibiciones se sustituye por el control de las narraciones. La policía deja de ser «fuerzas del orden» y pasa a ser «el cuarto poder», el organismo encargado de confeccionar las versiones oficiales.

No hay que confundir la mentira con la versión oficial. Incluso hay palabras formuladas sobre esa diferencia: la ciencia lucha contra la mentira, mientras la conspiranoia lucha contra la versión oficial. La diferencia entre lo que hay y lo que se puede enunciar. Quien quiera ir más allá de lo oficialmente decible, se adentra en el terreno de lo ilegal. Y ese es el trabajo del protagonista del cómic, Patrick Immelmann, cuyas iniciales, igual que el título de la serie, indican «investigador secreto». *The Private Eye* es la historia del hombre-buscador, un Google que camina. Que averigua para quienes quieren hallar, en una era en la que ya no hay Internet.

SÉPTIMA MÁSCARA. En nuestra época, segunda década del siglo XXI, hay personas que confunden buscar con navegar. Cuando Google falla en su señal mucha gente dice que «no le funciona internet», lo cual atestigua hasta qué punto han convertido la búsqueda en su hábito central. Donde antes había cuadernos de bitácora, hoy tenemos el oráculo. El buscador como elemento central condiciona la estética del mundo en *The Private Eye*. El detective que tuerce su vida por una mujer fatal contamina el

contexto, y el mundo futurista de 2076 se construye desde la estética del cine negro. Los agentes del cuarto poder son reporteros de los años cuarenta, con traje y sombrero y distintivo de prensa asomando en la banda. Las franjas de sombra de las persianas de despacho son aquí ribetes de luz proyectados desde diodos emisores. En la dimensión del cine negro todo el mundo tiene dos caras pero un nombre, «la época en que los únicos en utilizar apodos eran los delincuentes», donde «quien escribe una autobiografía es con toda seguridad un villano hijo de puta». En esta reformulación del detective, la mujer fatal acude al buscador para averiguar qué se puede saber de ella, qué parte de sus acciones siguen siendo rastreables, qué sección de su historial puede aflorar de nuevo.



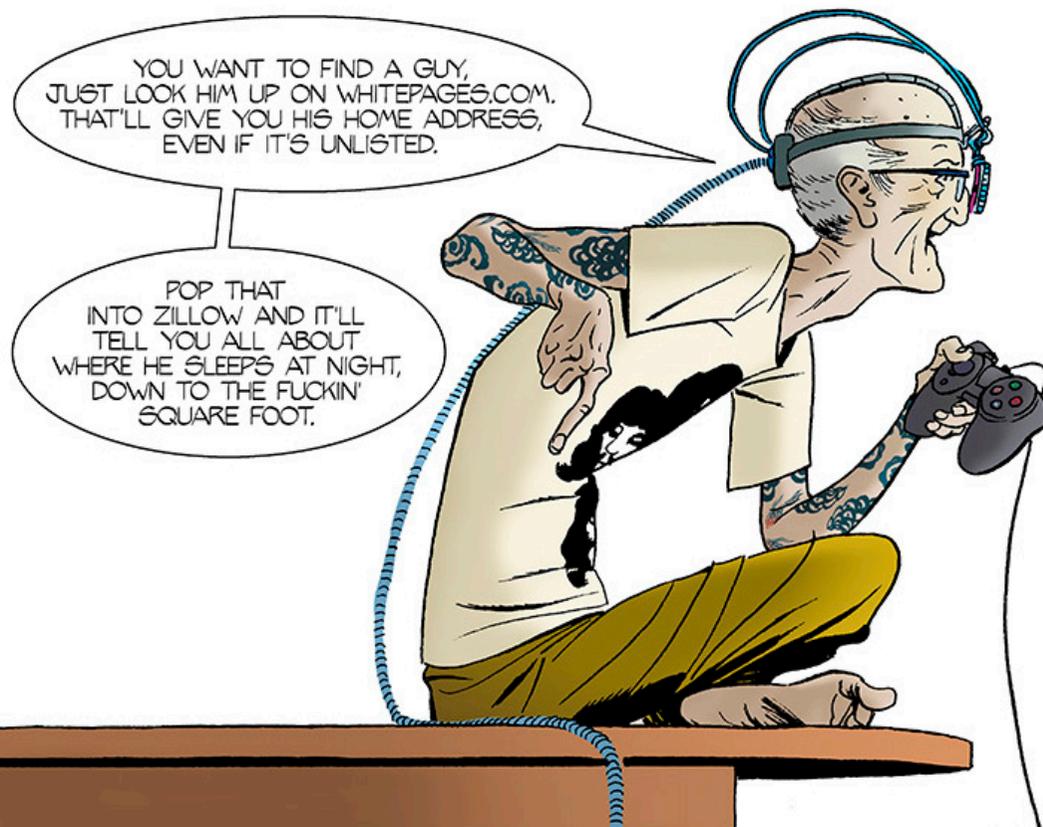
Viñeta de *The Private Eye* #5 (2013),
Vaughan, Martín y Vicente.

OCTAVA MÁSCARA. El villano del tebeo quiere reconstruir internet. Planea colocar un emisor en cada uno de nuestros aparatos y registrar nuestras acciones. Uno de sus colaboradores descubre la



El «cuarto poder» en *The Private Eye* #1 (2013), de Brian K. Vaughan, Marcos Martín y Muntsa Vicente.

intención: una partida de televisores incluye cámaras para grabar a los espectadores en sus salones. El hallazgo le cuesta la vida. El villano se cabalga en los grandes ideales digitales para incluir el caballo de Troya. «La red unirá las mejores mentes para derrocar dictaduras y liberar naciones enteras», recita adoptando el mantra que se extendió con el desembarco de la comunicación digital a finales del siglo XX. Un directivo con identidad abierta pero que se llama DeGuerre, expresión francesa con la que los sajones hablan del seudónimo. Internet no vuelve como vuelve el montar en bici, las faldas largas o el cultivar semillas locales. Vuelve proyectado como amenaza mundial, la maldad que articula un pulpo de vigilancia que afecta a todo el planeta, Galactus comedor de mundos, explosión atómica con todas las casas dentro su radio. Una catástrofe que los protagonistas deben evitar en un periplo donde arriesgan sus cuerpos, sus identidades y sus vidas.



NOVENA MÁSCARA. En este futuro, el abuelo de Immelmann es un vejstorio al borde del choqueo que viste pantalones sueltos y luce tatuajes y está buscando una wifi que no existe mientras lamenta que a su iPhone le falla la cobertura. Ese abuelo es el lector actual, el moderno de ahora, el hipster obsesionado con los perfiles de red social. Le reconoceréis por los tatus y por sus gestos obscenos y porque busca incansablemente una conexión con el mismo mono de dependencia que sufren hoy los

El abuelo Immelmann en [The Private Eye](#) #5 (2013), Vaughan, Martín y Vicente.

jóvenes cuando les obligas a pasar un día sin el móvil, pero con ese mono mantenido a lo largo de décadas. El anciano recuerda los viejos teléfonos táctiles, los reproductores de mp3, el ver series de televisión descargadas, los mensajes de Twitter y los estados de Facebook y las galerías de fotos, viejas ruinas que son hoy el paisaje de nuestras vidas. «Yo lo compartí todo porque mi vida era un libro abierto. (...) Los de mi generación estábamos orgullosos de quiénes éramos, no teníamos nada que esconder». Publicar; retuiteo, like y suscripción. El abuelo es la última generación de internet, la primera traicionada en su confianza, que no puede evitar tener nostalgia de aquellos tiempos de 3G, MP4 y G5.

Sobre esas nueve máscaras plantean Vaughan, Martin y Vicente las identidades en la era de la nube.¹ El tebeo de internet que elimina internet, un mundo con múltiples vidas que sobreentiende una auténtica, una proyección de posibilidades que nace de las carencias, una revelación libre cuyo efecto es aumentar el valor de las búsquedas, con avatares que ostentan mientras intentan ocultar, con fuerzas del orden convertidas en fuerzas de la versión, en un mundo de cine negro camuflado de neón, donde nuestro actual contexto es la futura amenaza y donde el lector actual es un matusalén donde todo lo molón es patético —que, como recuerda el diccionario, significa «capaz de infundir tristeza o melancolía»—. Un cómic sobre máscaras que viste máscaras y que en ese juego de retruques busca revelar un asomo de lo genuino.

¹ En la conferencia «Identidades en la era de la nube» (Bilbao, 2015) hablé de las identidades en *The Private Eye* relacionándolas con la expresión en contextos digitales, con las fricciones entre la cultura tradicional y la que se extiende en las nuevas plataformas (particularmente con el ascenso del movimiento youtuber) y con el interesado juicio sobre «ser genuino» (que hace que la televisión repita, en los *realities* y en los programas de cotilleo, la machacona acusación de «ser un falso»). Es conveniente resaltar que la conferencia se presentó antes de que terminara la serie.

Como en la ficción, dos flechas sin retorno actuaron paradójicamente sobre el propio tebeo. En el tiempo de publicación que abarcó desde su estreno hasta su culminación, la realidad materializó muchos de los fantasmas que había convocado la historia. Y cuando publicó su última página, ni podíamos volver al momento de su inicio ni podíamos «no saber».

Las fotos íntimas de los móviles se hicieron públicas: autorretratos desnudos que actrices, modelos y famosos realizaron con sus aparatos móviles aparecieron en los telediarios cuando se destapó una red subterránea que traficaba con esas imágenes realizadas para disfrute reservado y testimonio doméstico. Los aparatos hacían copias automáticas en la nube sin que los usuarios supieran que era la opción conectada por defecto. Los internautas lascivos accedieron a esos depósitos, primero adivinando que en la pregunta de seguridad elegirían el nombre de la mascota o su primer colegio o cualquier otro dato que se podía averiguar gracias a las revistas de cotilleo, y después hackeando al por



The Private Eye #4 (2013), Vaughan, Martín y Vicente.



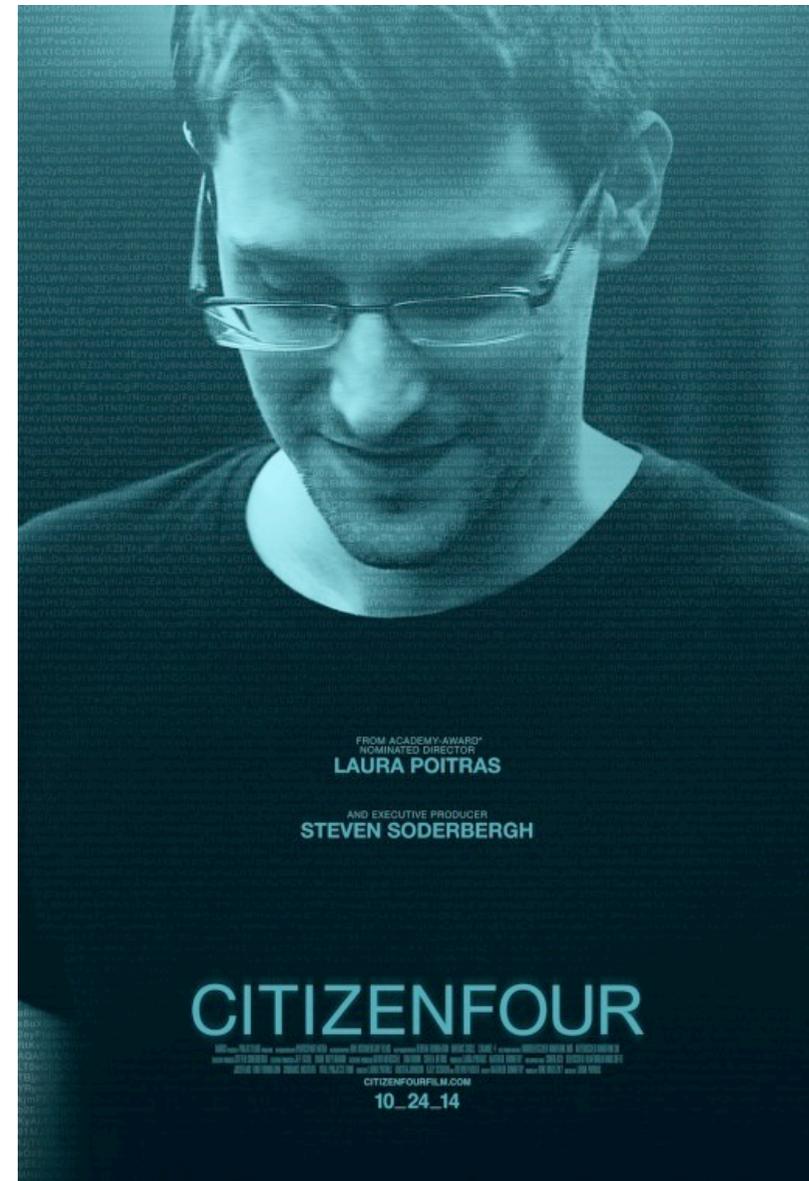
Brian K. Vaughan, Marcos Martín y Muntsa Vicente, *The Private Eye* #3 (2013).

mayor mediante agujeros lógicos en las comprobaciones dobles de la recuperación de copias. El goteo de estas filtraciones alcanzó el volumen de una inundación en lo que se llamó «The Fappening» —un término que aúna las palabras inglesas para «suceso» y «masturbación»— en una revelación de la intimidad que pasó de canjearse en la clandestinidad a airearse en espacios de máxima audiencia. Las conversaciones privadas robadas, propagadas y difundidas, con su catálogo de intervenciones poco correctas y de propuestas reprobables, tuvo un caso sonoro con el hackeo de la empresa Sony, que trajo a la luz todo el abanico de relaciones personales, profesionales y empresariales que ningún portavoz se permitiría siquiera sugerir. Miles de usuarios vieron

publicadas sus numeraciones de tarjetas de crédito y sus contraseñas de acceso como consecuencia de un hackeo que afectó simultáneamente a Playstation, Xbox y Amazon. La publicación de las bases de datos de la web de infidelidades matrimoniales Ashley Madison aireó los adulterios, los gastos bancarios, las identidades fiscales y las preferencias sexuales de millones de usuarios.

Esos casos afectaron a un enorme número de internautas y a un impresionante elenco de protagonistas de portadas, pero empequeñecen comparados con la Gran Confesión. En junio de 2013, el consultor tecnológico norteamericano Edward Snowden reveló al mundo que agencias gubernamentales monitorizaban y almacenaban todo el intercambio digital del mundo. Todos los mensajes, todas las fotos, todas las conversaciones. El documental de Laura Poitras *Citizenfour*, ganador del Oscar en 2015, retrata el momento en que el mundo entero conoció ese escándalo, que sigue hoy en funcionamiento. Ya no se podía «no saber».

La gran amenaza que se cierne sobre *The Private Eye* es un empresario ególatra que quiere meter micrófonos y cámaras en todos los hogares. Esa propuesta ya no es una amenaza. Está cumplida, operativa y funcionando, hoy, ahora, aquí. La proyección apocalíptica se ha dejado atrás, la distopía es más suave que nuestras vidas. Como rezaba la [viñeta](#) de *Pogo*, hemos encontrado al enemigo y somos nosotros.



Edward Snowden en el póster del documental *Citizenfour* (2014), dirigido por Laura Poitras.



Brian K. Vaughan, Marcos Martín y Muntsa Vicente, [The Private Eye](#) #5 (2013).

La abrupta aparición en el mundo real de las amenazas proyectadas en la ficción pone en su sitio las resoluciones de la trama. A lo largo de la historia se nos insiste en que los internautas «obtienen su merecido» por ingenuos. En nuestra época, cuando conocemos a una persona, podemos con su perfil de Facebook repasar su pasado: ver sus fotos de infancia, sus viejas vacaciones, sus recuerdos de fiestas y su catálogo de vivencias. Ese es un privilegio que en el pasado sólo tenía la gente adinerada: te echabas de novia a una actriz o a un noble y para aclimatarte con su pasado podías comprar su biografía, que incluía fotos de infancia y viejas vacaciones. Esa semblanza de estrato noble es la que se practica autoeditada en los barrios obreros. Es espejo de otro salto similar, ocurrido cien años antes: hasta la aparición de Freud, la vida interior era un privilegio de los ricos; luego resultó que todos teníamos una.

La autobiografía disgregada y vocacional que se practica en nuestros días le produce a Vaughan un pudor extraordinario, en su proyección donde el individuo está por encima del colectivo. Lo entenderán más claro quienes se asomen al primer capítulo del libro de ensayos *Eating the Dinosaur* (2009), de Chuck Klosterman, donde dedica páginas y páginas a intentar averiguar para qué sirve conceder entrevistas, si no tienes nada que ganar. No lo resuelve, porque el argumento del interés personal es un árbol que le tapa todos los bosques. Klosterman no es capaz de convocar un contexto donde se toma el micrófono no para ti, sino para los demás; no porque se te antoja, sino porque te lo piden. Si tu modelo central es el individuo aislado, «quien escribe una autobiografía es con toda seguridad un villano hijo de puta». Y como lo que se publica es por interés, «los únicos en utilizar apodos eran los delincuentes».



La última página de [The Private Eye](#) #10 (2015), de Brian K. Vaughan, Marcos Martín y Muntsa Vicente.

Desde esa perspectiva, toda publicación es exhibicionismo, todo acto de generosidad un fanfarroneo donde lo que se busca es ser un santurrón. Toda virtud esconde un pecado que merece escarmiento. Las actrices que se fotografiaron, por ser golfas; los que enviaban cartas privadas, por hablar sin corrección; los que pagaron con tarjeta, por dejar las transacciones en terceros; los que hablan y se escriben y se fotografían, por hacer esas cosas que solo pueden traer problemas; los que viven, porque vivir solo puede acabar en tragedia.

El mundo real pone en su sitio la última página de *The Private Eye*: una máscara final que permite al personaje observar sin aparecer, un camuflaje que permite mirar y no ser visto. Esa posición ha resultado ser la del villano del mundo real: las personas que están grabando nuestras interacciones y que se niegan a identificarse, los que han colocado en los aparatos remotos recursos para cazar las intimidades ajenas sin necesidad de compartirlas. La última página del cómic propone que veamos con buenos ojos una propuesta que, porque el tiempo ha sobrepasado a la obra en el periodo mismo de publicación, corresponde a una villanía mayor que la del bribón oficial de la ficción.

La última máscara de *The Private Eye* es la que levanta las anteriores, la que establece una sima entre dos perspectivas de la vida en la era de las comunicaciones electrónicas. Es el mismo abismo que separa a las personas que, al ver los anuncios llenos de gente que sonrío, terminan implicando que las personas que sonrío quieren sonsacarte algo. Cuando ves las sonrisas como máscara, todo el mundo está enmascarado. La vida digital no es un enjambre de egoístas pidiendo turno, como en la vida tampoco la gente sonrío esperando su oportunidad para salir en una valla publicitaria. Hacerse fotos íntimas desnudo no es un pecado al que ya le caerá su justo castigo, aunque sea muy goloso querer

ordenar en los teléfonos ajenos como quien gusta enderezar las camas de los demás. En *The Private Eye* todo el mundo está enmascarado, pero, más que los rostros, lo que se nos escamotea es la vida colectiva. Esa es la hebra que hila el primer y el último dibujo del tebeo, la sonrisa-máscara inicial y el ojo anónimo final. Da igual la cantidad de egoístas en el mundo, no lograrán que desconfiemos de todas las sonrisas.